

Cocinando la Paz

con los pueblos indígenas de Colombia



Basta que arranque la flota para que los recuerdos comiencen a aflorar. Miro por la ventana y van apareciendo solitos, como si tuvieran vida propia, como si fuera la Madre Tierra la que los convocara con motivo de mi regreso a casa después de tantos años. Cada metro que recorro me acerca no solo a Jacinta, a quien veré una década después de nuestro último encuentro, sino también a mi pasado. Los sonidos, los olores y todas las imágenes que desfilan frente a mis ojos me remiten a nuestros días de infancia, cuando —juntas— jugábamos y soñábamos. La simple noción de vernos frente a frente me emociona tanto que me encuentro al borde de las lágrimas.



El tiempo pasa volando. Casi sin darme cuenta, llego al pueblo. Espero hasta que todos bajen del bus para hacerlo yo también. Me acomodo el rebozo, me aliso el anako y me siento por ahí para esperar a mi hermanita, que es como mi mejor amiga. Recorro las caras de toda la gente que me rodea en busca de esa sonrisa que tanto conozco, pero no la encuentro. Pasan los minutos sin dar con ella, pero no me preocupo porque desde siempre ha llegado tarde a todo.



Me quedo mirando algún árbol nativo, de esos que nunca se ven en Bogotá, cuando siento, de repente, una mano en el hombro. «Un par de años por allá lejos y ya ni a las hermanas reconoce». Volteo a mirarla y, aunque me desoriento por un segundo, poco a poco comienzo a reconocer sus gestos. Si bien los años han traído consigo una mirada más penetrante, Jacinta sigue siendo la niña de siempre: mi hermanita menor. Lanzamos un pequeño grito de emoción y nos abrazamos por varios segundos.



Después de las conversaciones de rigor, caminamos juntas hacia una tienda cercana, al lado de la cual se parquea el jeep que, según recuerdo, era de don José. El vehículo es el mismo de hace décadas, pero ahora lo maneja su hijo, Leopoldo. Nos subimos para que nos lleve a La Campana. Es el momento para ponernos al día con mi hermanita. Comienzo contándole que durante este tiempo en el que he estado por fuera del Kauka me gradué como abogada y trabajé para varias organizaciones indígenas, reivindicando nuestros derechos y luchando por preservar las culturas de los diversos pueblos del país. Ella se alegra mucho, porque recuerda que de niña soñaba con conocer otros lugares y aprender muchas cosas nuevas. «Claro, pero siempre con la ilusión de volver a casa para aplicar lo aprendido», le digo. Termino mi recuento de vida informándole que vengo como magistrada de la Jurisdicción Especial de Paz.



Jacinta me cuenta que en casa todavía no se han recuperado del golpe del año pasado, el que hizo que nuestra hermana mayor volviera a casa hace pocos meses. No ha entrado en detalles cuando, de repente, cae en cuenta de que estamos a punto de llegar a nuestro destino (hace tanto que no vengo que ya no recuerdo los pormenores de la ruta). Se levanta de sopetón y le dice a Leopoldo que por favor pare y que nos deje bajar. Apenas piso el camino destapado los recuerdos me sacuden las fibras.

Cada rincón de La Campana despierta sensaciones y vivencias que reviven distintos episodios de mi niñez. Tomo aire, respiro profundamente y dejo que la nostalgia me invada. Jacinta, que es consciente de todo lo que estoy sintiendo, espera unos segundos antes de pedirme que retomemos el camino. Es hora de volver a ver a mi familia.





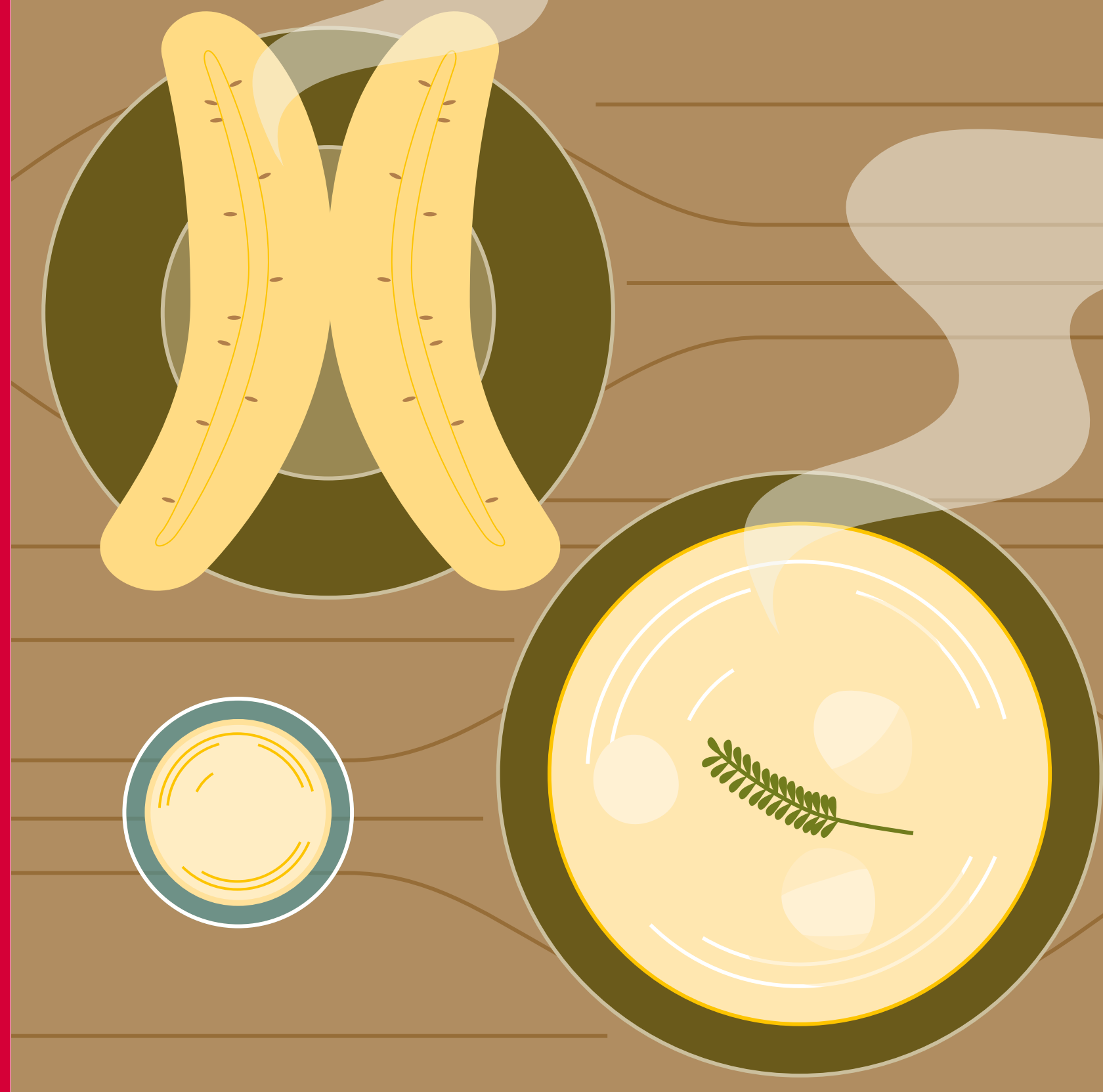
Mientras caminamos por senderos llenos de árboles, Jacinta retoma su relato y me cuenta que Mercedes no ha podido superar su tragedia, incluso ahora, que ha vuelto a casa. Lloramos un poco, lamentando su pérdida, pero poco después es la propia Jacinta quien pide retomar temas menos amargos. Me pide que le cuente en detalle qué es eso de ser magistrada. Le respondo que soy una figura de autoridad —una juez— responsable de resolver los problemas que surgen entre las personas y, también, de imponerles castigos a los infractores de la ley, una vez analice y decida si algo —o alguien— está yendo en contra de las leyes. Continúo diciéndole que a los jueces más importantes se les llama magistrados y que estos son los que trabajan en lugares llamados «altas cortes», como la Corte Constitucional o la Corte Suprema de Justicia. Concluyo contándole que, en este momento, soy magistrada en la Jurisdicción Especial para la paz, o JEP, como le dicen para hacerla más cortica.

Jacinta me hace algunas preguntas adicionales sobre mi trabajo y con eso nos distraemos por un buen rato, hasta que finalmente llegamos a mi casa, el hogar en donde crecí y me hice mujer. Apenas llego, todos los miembros de mi familia salen a recibirme con calidez; todos, excepto Mercedes: desde la muerte de su hijo no ha sido la misma. Al parecer, ahora es seria y muy seca, y lo demuestra dándome un saludo desde lejos.



Jacinta y yo cruzamos una mirada de reojo: esto era lo que me venía contando. Como entiendo el dolor de Mercedes, me mantengo a una distancia prudente, pero, eso sí, me fundo con los demás. Mi papá dice alguna cosa bonita como las que solía decir cuando yo era pequeña: que todos somos hijos del agua y que somos frutos de la misma tierra. Es la mejor manera de darme la bienvenida.

Ingresamos a casa y vemos que el almuerzo ya está servido: nada más y nada menos que una deliciosa sopa de maíz con asado de plátano, mi preferida. Mercedes empieza a hablar de la comida que le va a preparar a los difuntos. A su hijo, Mario, por ejemplo, le va a preparar un sango, su comida favorita. Así le recordará que su madre jamás se olvidará de él. Esto me pone melancólica, porque mi sobrino fue una víctima más de la violencia que, por años y años, ha azotado a nuestras comunidades. Pero entonces recuerdo que es por esas razones que estoy acá y que debo mostrar por qué el Acuerdo de Paz con las FARC representa una gran oportunidad para todos: la posibilidad de que nadie más tenga que soportar el dolor que ahora sufren mi hermana y mi familia.





Terminamos de comer y me quedo pensando en todo eso —en los esfuerzos que hemos hecho los mizak, en los esfuerzos que ha hecho mi familia— calladita, mientras las risas de todos los demás resuenan a mi alrededor. Papá se queda mirándome. Señala mi tampal kuarí (sombrero tradicional) y me pregunta dónde tengo la cabeza. La verdad es que estoy con sentimientos encontrados, así que no sé qué responder. Todos se quedan callados esperando mis palabras, pero no reacciono. Entonces, papá me pregunta si quiere que salgamos a caminar un rato. «A veces caminar ayuda a poner las ideas en orden», dice. Asiento con mi cabeza y nos levantamos al tiempo. Jacinta me despide con una sonrisa, como diciendo: «Vaya y desahóguese»,

Hablamos con una naturalidad sorprendente, como si no hubiera pasado el tiempo. Yo hago un recuento de mi vida en Bogotá y él narra todo lo que ha pasado en la comunidad desde que partí, el regreso de Mercedes y, en especial, todo lo que pasó después de la firma del Acuerdo, tanto lo bueno como lo malo.

Yo le explico el porqué de mi silencio al terminar el almuerzo: aunque he vuelto con plena consciencia de mi responsabilidad como magistrada de la JEP, ha sido necesario estar acá, inmersa entre las voces de mi familia y el dolor de mi hermana, para entender que, en realidad, estamos frente a una oportunidad única. «Por primera vez en mucho tiempo realmente creo que hay esperanza», le digo. A pesar del entusiasmo en mis palabras, papá, con tantos años de desilusión a cuestas, no termina de convencerse.



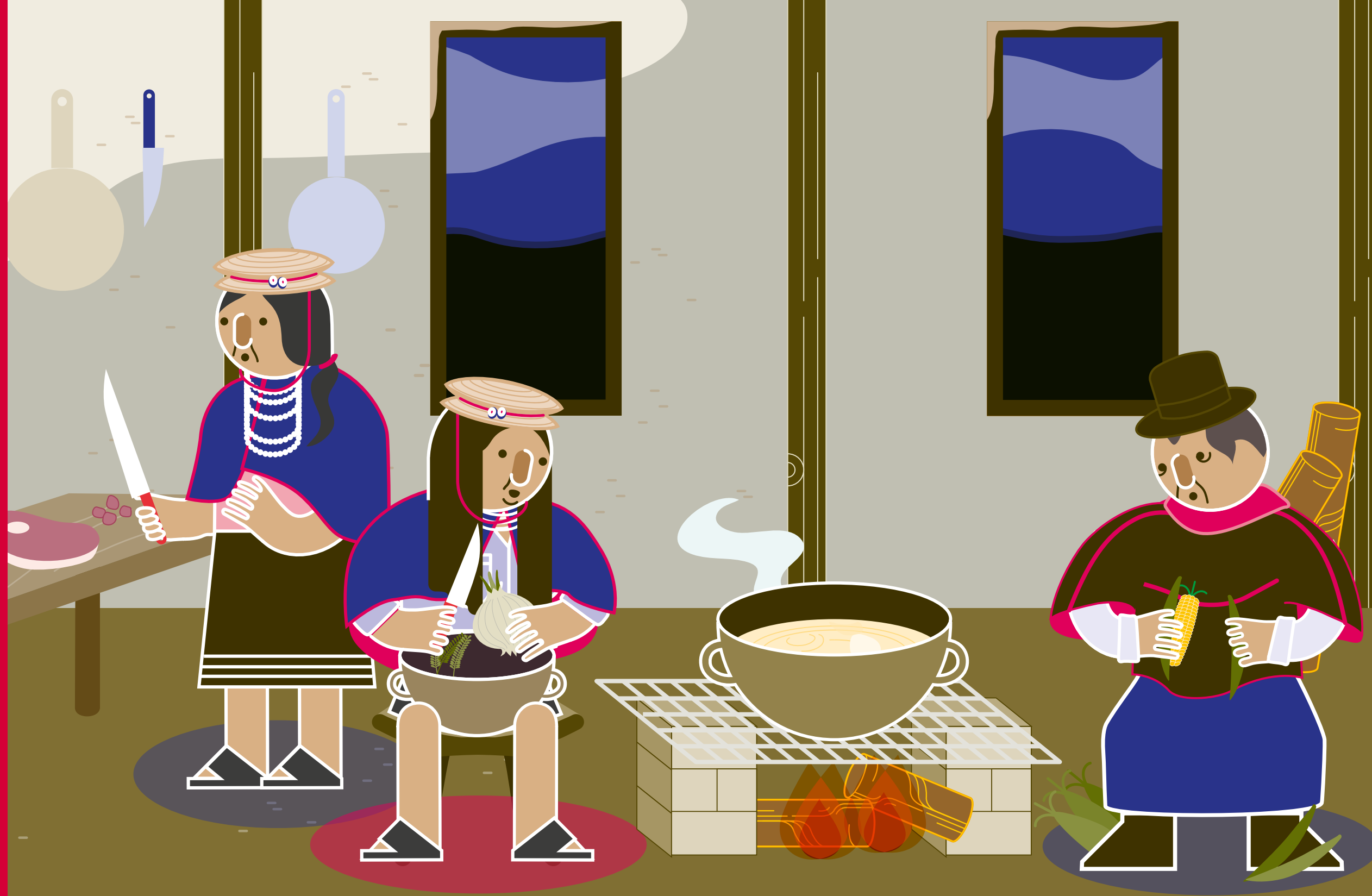
Le señalo una piedra que se asoma en el camino y le pido a papá que paremos un segundo a descansar. Es entonces cuando le explico todo lo del Capítulo Étnico, esa parte del Acuerdo que indica que se deben respetar los derechos y costumbres de los indígenas, los afros, los palenqueros, los raizales y los rrom. El mismo capítulo que dice que todo lo relacionado con el Acuerdo debe consultarse previamente con nuestras autoridades y debe estar hecho a la medida de nuestra cultura y de nuestras necesidades. «Piense», le digo, «que yo, una misak como usted, una hija del agua, está representando a la comunidad en la JEP: y no solo a nuestra gente, sino a toda la gente del país que sufrió la guerra como nosotros». Esto es un paso adelante y debemos valorarlo y aprovecharlo.



El tiempo se pasa en un abrir y cerrar de ojos, de modo que, de un momento a otro, ya estamos viendo el atardecer. Papá cree que, a pesar de ver cambios con la firma del Acuerdo, las cosas seguirían igual que siempre. «Sé que en el pasado las cosas no han salido bien, pero esta vez es diferente», le digo. «Piense en Mario. De él no sabemos mucho: solo que lo mataron». Nos quedamos callados algunos segundos, pero luego vuelvo a hablar: «El quinto punto del Acuerdo, el que habla principalmente de las víctimas del conflicto, ha permitido crear varias herramientas para dar con el paradero de la gente desaparecida y varios mecanismos para aclarar lo ocurrido». Le explico que el punto de todo es, en esencia, esclarecer la verdad. Siento que algo ha comenzado a resonar en la mente —y el corazón— de papá.



Regresamos a casa. Entro a la cocina y encuentro a Mercedes, a Jacinta y a mamá cortando trocitos de guata y de carne para hacer el sango que le van a ofrendar a Mario. Decido sentarme en una banca, ponerme un tazón hondo de barro entre las piernas y ponerme a cortar cebolla y tomillo para ayudar. Papá, por su parte, se entretiene pelando maíz con mamá. En medio de esta situación, Mercedes me dirige la palabra de nuevo: «En realidad es más bien poco lo que sé sobre la muerte de Mario: nunca nadie quiso decirme qué ocurrió. No sé qué hicieron con él», se lamenta. Luego cuenta que Jacinta le ha estado contando lo que hablamos del Acuerdo de Paz y que le ha comentado algo sobre una parte del mismo dedicado a las víctimas del conflicto. «Tengo muchas dudas: ¿me podría explicar cómo funciona eso?», pregunta. Así lo hago.



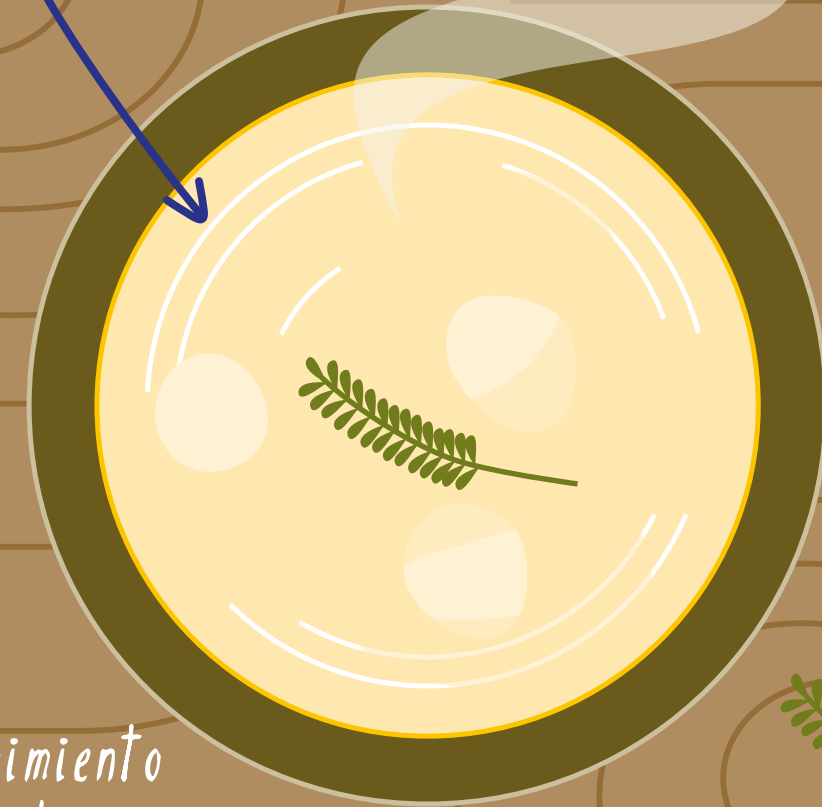
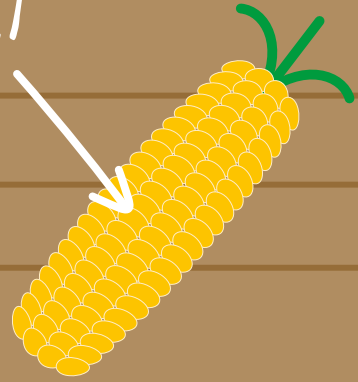


Cuando terminamos la preparación del sango, papá saca la chicha y nos sirve un poco a cada una. En este punto les cuento más detalles sobre el quinto punto del Acuerdo, el de las víctimas, que habla de un Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición (SIVJRNR). Este sistema está conformado por varios instrumentos o mecanismos diseñados para esclarecer lo ocurrido en el marco del conflicto. Les aclaro que la idea es satisfacer de la mejor manera los derechos de las víctimas y garantizarle a todo el mundo que algo así no vuelva repetirse.

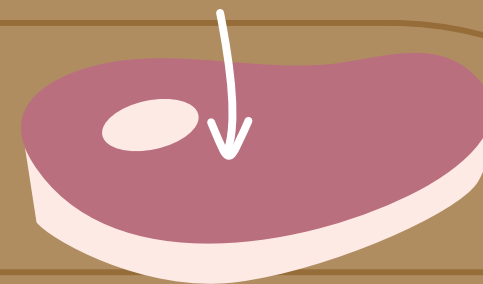
Ahí se me viene una idea a la cabeza: «Usemos el sango como ejemplo de ese sistema, porque es la mezcla de varios ingredientes». «Por un lado, están la cebolla y el tomillo, que equivalen a la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, que tiene como objetivo aclarar lo que sucedió durante el conflicto: quienes hicieron qué, cómo lo hicieron, por qué lo hicieron y a quiénes afectó». El ejemplo parece funcionar, así que lo aprovecho. «Por otro lado, está la carne, que equivale a la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas, entidad que sirve para rastrear a personas que dentro del conflicto fueron dadas por desaparecidas, y así facilitar su regreso a casa, o, en caso de fallecimiento, localizar y entregar dignamente los restos a sus familias». Termino con las siguientes palabras: «Por último, está el maíz, que hace parte esencial de nuestra comida, y por eso es lo que equivale a la Jurisdicción Especial para la Paz, o JEP, que es la parte central del Sistema Integral».

SISTEMA INTEGRAL DE JUSTICIA

Jurisdicción Especial de Paz



Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad

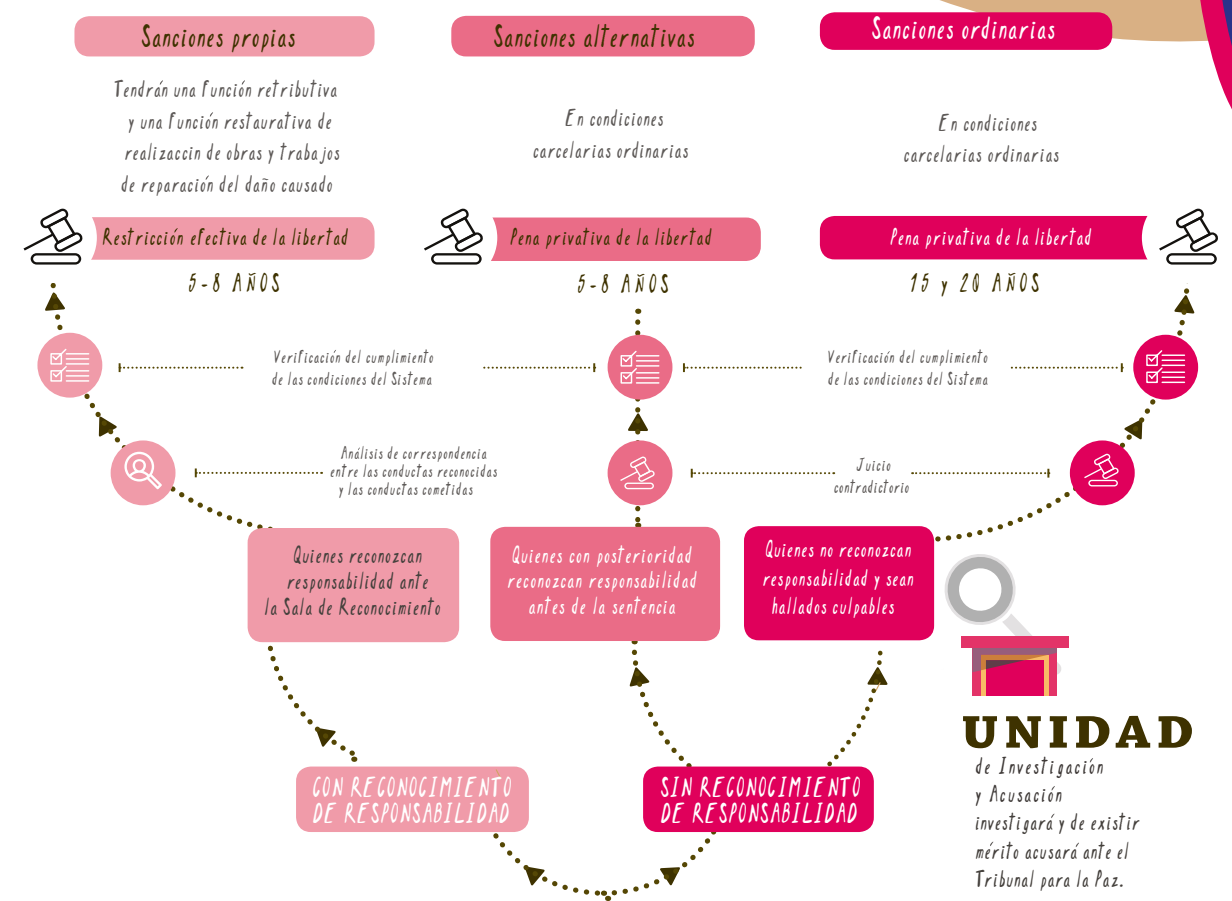


Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas



Mercedes insiste, por supuesto, en averiguar más sobre la JEP. «Es como una alta corte, pero temporal, que revisa, investiga y dicta sentencias sobre todo lo sucedido en el conflicto», contesto. Explico, además, que lo más importante es que todo gira alrededor de las víctimas y que estas, como parte de la administración de justicia, pueden aportar información y hacer sugerencias para que los magistrados, como yo, tomemos decisiones proporcionales al daño causado. Le explico, finalmente, que en esos procesos la jurisdicción usará información proporcionada por la Unidad y la Comisión de la Verdad.

«Pero, hermana», me dice Mercedes, «¿cómo se van a manejar los delitos graves en la JEP? Hay gente que tiene que pagar sus crímenes sí o sí». Sus palabras delatan la magnitud del dolor que todavía carga consigo. Tras ver su frustración y su resistencia a creer en lo que he venido a contarles, me acerco y le tomo la mano. Aunque su primera reacción es de rechazo, algo en ella accede a recibir mi pequeño gesto de compasión. Aprovecho, entonces, para aclararle que existen dos caminos para ese tipo de crímenes. «En primer lugar, cuando una persona ha cometido delitos que no son perdonables puede aceptar o negar su responsabilidad», explico. «Si suelta la verdad completa, puede recibir penas de entre cinco y ocho años, durante los cuales no necesariamente estará en la cárcel, sino trabajando para revertir lo que hizo». Todos están interesados en la conversación, sobre todo Jacinta, que le presta especial atención a mis palabras. «Ahora, en segundo lugar, si cuenta la verdad hacia el final, cuando estemos a punto de dictarle sentencia, enfrentará el mismo tiempo que antes, pero en la cárcel, porque su negación inicial habrá generado investigaciones y trámites». Y luego termino esta parte de la discusión. «En tercer lugar, si el fulano no acepta y se comprueba que es culpable, la pena puede ser de entre quince y veinte años de cárcel».



PRINCIPIOS



COMPROMISO

Aprovecho para retomar mi ejemplo: «¿Qué creen ustedes que pasa con el resto de ingredientes, como el agua y la sal?». Antes de que traten de responder, yo misma contesto la pregunta: «Todo eso junto, sin pasar por el calor del fuego, es un simple menjurje». Prosigo. «Comparemos los ingredientes con los principios que rigen el Sistema. El más importante es que las víctimas son la razón por la cual se crea este Sistema, y, por ende, todo gira alrededor de ellas». Todos asienten. «El segundo es que sin verdad y sin reparación no puede haber un tratamiento especial de justicia, porque se trataría entonces de un sistema con impunidad». Hay aprobación general. «Finalmente, el fuego, eso que convierte la mezcla de los ingredientes en sango, equivale —dentro del sistema— al compromiso de todas las partes para que funcione correctamente». Acto seguido, concluyo con la siguiente idea: «Así como se come sango para alimentar el cuerpo, podemos usar el Sistema Integral para fortalecer a nuestra comunidad».

Papá, que se encuentra pensativo y callado, interrumpe para preguntar si esas nuevas estructuras y jueces pasarán por encima de los sistemas propios de justicia de los pueblos indígenas y de sus autoridades. Le recuerdo que el Capítulo Étnico del Acuerdo dice que el Sistema debe respetar esas funciones y coordinar constantemente todo lo relativo a estos temas con nuestras autoridades tradicionales, siempre y cuando sea dentro de nuestro ámbito territorial. Del mismo modo, la Jurisdicción Especial para la Paz creará mecanismos para articular y coordinar la JEP con la Jurisdicción Especial Indígena: «Estoy segura de que entre las dos formas de autoridad encontraremos maneras adecuadas para cumplirles a las víctimas», explico.





Antes de irnos a dormir, concluyo la jornada familiar aclarando que, bajo este Sistema, los mecanismos judiciales y extrajudiciales que se usen con pueblos como el nuestro deben tener una perspectiva étnica: por eso son tan importantes la participación y la consulta de esos mecanismos con nuestras autoridades. Para terminar, me levanto del puesto y miro a Mercedes a los ojos: «así como mañana honrarás a Mario con el sango, yo me encargaré de que todos los ingredientes del Sistema se activen para esclarecer el crimen del que fue víctima, para buscar su paradero o sus restos, y para que se haga justicia, todo para aliviar, así sea por un segundo, el dolor que te aqueja». Ella baja la mirada y se queda contemplando el suelo. Entonces, me retiro a dormir, no sin antes despedirme de todos y cada uno de mis seres queridos. Jacinta me abraza con fuerza otra vez antes de que me retire.

Al otro día, despierto con los primeros rayos de sol. La experiencia es placentera y tremendamente familiar: siento como si nunca me hubiera ido. Mientras el resto los colombianos se levantan para recibir el primer día de noviembre, mi familia, nuestros vecinos y yo, junto con toda de la comunidad misak, recibiremos el año nuevo a la orilla de la laguna Piendamó. Me levanto a hacer los preparativos con plena certeza de que mi sobrino vendrá esta noche por su sango y nos reconfortará a Mercedes y a todas las personas que lo quisimos.





Horas más tarde, estoy en el entorno en el que nací y crecí —en el territorio donde mi gente ha vivido por siglos—, rodeado de toda clase de alimentos. aguardo, acompañada de mi familia y de mis vecinos, la llegada de los difuntos, que vendrán en busca de las ofrendas que nosotros, sus seres queridos, hemos dejado en su honor. Todos compartimos: nadie se queda sin recibir algo. Es ahí, en medio de esta celebración maravillosa, que alguien me toca el hombro. «Es Jacinta», pienso para mis adentros. Levanto la mirada y, en cambio, encuentro el rostro lloroso de Mercedes. Ahí está, por fin, marcada en su sonrisa, lo que quería traerle a mi pueblo, a mi familia, a mi comunidad: un rayo de esperanza. En medio de tanto dolor y de tantos esfuerzos, por fin hemos encontrado una fuente de ilusión con esto del Acuerdo de Paz, la JEP y todo lo demás. Tras abrazarme con mi hermana mayor con renovado vigor, veo que Jacinta, junto a papá, mamá y los demás, nos miran sonrientes. Todo parece indicar que este nuevo año misak será el comienzo de una historia diferente.

